

## Panegórico

Hablo de él ahora, como su mujer, categoría en la que se incluyen otras subcategorías no menos importantes: madre, hermana, hija y colega, en el mundo de la medicina.

Tomás era de estatura media, complexión atlética; pelo, de joven rizado en un conjunto de caracoles, preciosos, que bailaban en un fondo negro del cabello. Nariz importante y una boca sensual, que hablaba sin necesidad de decir palabras.

Lo mejor de mi marido era, sin duda, la espalda. Hermosa y recta; trabajada en la infancia, gracias a la práctica del deporte, lucía elegante las chaquetas, americanas y abrigos. Parecía un modelo de pasarela al que nunca un sastre tuvo que arreglar la prenda.

Esa espalda fue lo último que vi en vida, mientras se alejaba pesaroso, largo pasillo adelante, en busca de alivio.

Y esa espalda fue lo último que vi, ya en el túmulo final, en el box de la UCI; dispuesto en posición de prono, para mejorar la ventilación pulmonar.

Pensé en ese momento *“qué bello torso acogedor de tantos problemas ajenos, donde yo reposaba mi cabeza, cuando, cansada, necesitaba un respaldo amable”*

Tomás tenía la capacidad de soportar pacientemente todas las pejugueras de familiares, pacientes y allegados, término tan novedoso que él no ha llegado a definir con la fina ironía que le caracterizaba.

Aprendió a aliviar a los que ya estaban tocados por el dedo acusador de la parca. Era buen amigo de ella, pues se habían enfrentado a duelo en muchas ocasiones, de las cuales, casi siempre, él salía perdedor. La muerte es implacable y llega, difícilmente, para separarse del que somete.

Como hijo no tenía defectos: entendía las necesidades de sus padres; esas pequeñas cosas que nos incomodan de los ancianos, pero, a la vez, son fáciles de solucionar. Lo soportaba con paciencia.

Como padre supo aunar educación y respeto, alegría y esfuerzo. Les inculcó los valores más elevados de la categoría humana de los cuales, él, era representante: humildad, honradez y lealtad.

Como marido, lo era todo: amigo, amante, colega, compañero... era presencia. Apoyó siempre mis proyectos. Sabía qué regalo me gustaba en cumpleaños y reyes. Traía mis flores favoritas a casa de forma inesperada y sin motivo. Me cuidaba en la enfermedad. Templaba mis emociones cuando la euforia se me imponía en el carácter, para bien o para mal. Fuimos pareja hasta el final.

Como hermano, siempre era la cara visible ante el dolor. Diagnósticos a distancia, tratamientos en horas de descanso; recetas a mano para poder obtener el fármaco en domingo. Pero también, amigo y compañero de juegos. Confidente y tutor. Hermano y padre a la vez, en algunos casos.

Y como amigo, excepcional. Le encantaban las reuniones en casa: comer, cantar, divertirse. El *watssap* no paraba con mensajes para pedir favores o para hacerlos. Tenía varios grupos de amigos: los de la gota de leche, los de cuando estudiaba, los del baile, los de siempre... todos tendrán, sin lugar a dudas, un recuerdo imborrable. Tomás era querible, entrañable, amable. En definitiva, inolvidable.

Como médico y compañero tampoco hay palabras para describirlo. Siempre le gustó la medicina; al principio, como reconoció en muchas ocasiones, influenciado por la tradición familiar. Pero más tarde, cuando empezó a conocer la carrera, creció en él un fervor omnipresente que le hizo enamorarse de esta profesión.

Siempre ligado a la medicina de familia, aunque el peso del tío cardiólogo, le frustrara, al comienzo, por no poder hacer esa especialidad, comprendió bien pronto, que los MDF tenían una labor magnífica que realizar.

Se formó, en el entonces mejor centro de salud de España, La Chana (Granada), junto a sus compañeros queridos: Javi Ramirez, Jose Luis Solís, Paco Revelles, Lisardo Baena, etc. Comprobó, que la MDF era por sí misma una gran especialidad, amplia, donde confluían la medicina interna, la cirugía y la obstetricia. Volvía al pasado prehistórico donde los chamanes y hechiceros sanaban igual una muela picada, que un pie gangrenado.

Descubrió que ese era su sitio.

Desterrado felizmente a la sierra de Jaén, volvió a Torredonjimeno para sustituir a otro médico, fallecido. Se le encomendó, entonces, la dirección del centro. Ese estatus permitió introducir la docencia para MIR en el pueblo, consiguiendo una alta capacitación de aquellos afortunados que pudieron formarse con él.

La función de director de centro de salud la continuó en Porcuna y Los Villares. Más tarde, fue rescatado, por el distrito sanitario, para llevar a cabo un soberbio proyecto en el que creyó siempre: procesos asistenciales integrados.

Ahí fue donde realmente comenzó una labor gestora de varios años y situó la especialidad de MDF, a la altura que le correspondía.

Consiguió que los de Primaria de Jaén mantuvieran una relación horizontal, y no vertical, con los especialistas hospitalarios. Desde siempre había una sima insalvable entre el hospital, lugar donde los gurús de la medicina, los doctos teóricos de la misma, sobrevolaban el mundo científico, muy por encima del barro, donde trabajaban los otros.

Tomás Ureña, con su buen hacer, mano izquierda, sabiduría y amor por los compañeros, supo conectar con el otro mundo, el de los sabios, y evidenciar la necesidad de asumir roles por parte de los de Familia, que hasta entonces les estaban vedados.

Llevó a los médicos de familia al Colegio Oficial de Médicos. Fué el responsable de docencia del COM de Jaén convocando a cursos prácticos y talleres específicos

dirigidos a cualquiera de los galenos de la provincia, independientemente de la especialidad.

Nunca dejó de lado la práctica de la medicina, complementándola con la gestión médica. Pese a esto, no le recuerdo ningún enemigo y si lo tuvo, imagino que jamás leerá estas palabras ni acudirá a sus exequias.

Él formaba equipo con las enfermeras. El trato cercano, con respeto y confianza, provocaba en todas, una especie de embeleso, que favorecía la relación entre ambos.

Defensor de la sanidad pública, jamás le escuché inconveniencia alguna sobre la sanidad privada.

Y para terminar, tal como dijo el Deán de la catedral de Jaén, *él, que fue mano que curó, unguento que sanó, caricia que alivió el dolor de tantos, profesionalidad que luchó por la vida*, sucumbió al maldito virus que cambió nuestro destino, destrozando la paz del hogar que juntos creamos.

Allá donde quiera que esté, seguramente que dirigirá nuestras manos hacia acciones correctas. No infligir dolor, fue su máxima. Armonizar, su objetivo.

DEP querido esposo.